

¿50 años ó 92 ppm CO₂ después?

LA UNIDAD DE LO POPULAR
Allende y la apertura de las Alamedas

Yuri Carvajal Bañados

Realizado por *Antropoceno-ZC*
–Yuri Carvajal Bañados–
usando L^AT_EXy tipografía EB Garamond
tamaño 12

Portada: *Cristian Olmos*

ISBN: 978-956-416-359-8

Impreso en Valparaíso por Almendral Impresores
Septiembre 2023
antropoceno-zc.cl
valparaisoreview@gmail.com

A Bruno Latour, que abrió las alamedas terráneas

Índice general

| | |
|---|-----------|
| ¿50 años ó 92 ppmCO₂ después? | 9 |
| ¿Desconocíamos? | 13 |
| La sobrevivencia de Chile | 15 |
| wikipedia | 19 |
| En Viaje | 20 |
| Otros escritos | 20 |
| Por un Rafael Elizalde viviente | 21 |
| Las dificultades de la Convención y lo que debe importar a la clase ecologista | 23 |
| Presentación | 23 |
| ¿Qué expresó el 18 de Octubre? | 25 |
| Las tareas de la convención | 28 |
| El nuevo régimen climático | 29 |
| Encarar el Antropoceno con palabras | 30 |
| ¿Dónde está la naturaleza? | 30 |
| ¿Qué puede hacer la clase ecológica? | 31 |

| | |
|---------------------------------|-----------|
| La Unidad de lo Popular. | 37 |
| <i>Kiñe</i> | 39 |
| <i>Epu</i> | 47 |
| <i>Küla</i> | 53 |
| <i>Meli</i> | 57 |
| <i>Kayu</i> | 63 |
| <i>Kechu</i> | 67 |
| <i>Rekle</i> | 71 |
| <i>Pura</i> | 75 |
| <i>Aylla</i> | 77 |
| <i>Mari</i> | 81 |
| <i>Mari Epu</i> | 85 |

**¿50 años ó 90 ppm
después?**

La unidad de lo popular está allí. En esa multiplicada y amplificada fragmentación de la acción política, combinada con la espectral presencia de lo popular.

Cumplidos la mitad de los años de soledad a que Macondo nos había sentenciado, esa escala temporal merece recalcularse en otra dimensión, que podríamos llamar geo-química. La estimación de la concentración de CO₂ en la atmósfera ha pasado de 328 ppm en septiembre de 1973 a 420 en agosto de este año: ¡una métrica de 92 ppm entre el golpe y el presente!

El bombardeo de La Moneda desde un cielo supersónico y georeferenciado, es sobre todo el cielo actual derrumbándose, aplastándonos e incendiándonos. Más alto que los vuelos rasantes alimentados con gasolinas JP, el CO₂ atmosférico y el efecto invernadero llevaban más de una década de registro (mediciones de C. Keeling desde 1959). El palacio colonial fue destruido (el actual es una combinación de estudio de cine y parque temático) para apurar el despliegue del Antropoceno en Chile. El gesto incluyó todos los signos de la tragedia en su dimensión climática: incendios salvajes, humos, acelerada producción de ruinas, en medio de una coreografía armada y brutal de terror colonial.

Vivimos en la época de la invisibilidad del presente. Por eso, no es posible dilapidar esos pequeños signos que podrían ilustrarnos sobre lo que es nuestro día, figuras de una baraja sobre la actualidad.

La radicalidad de los otrora cordones y MIR habría que endilgarlas hoy a las fuerzas elementales presocráticas. Las acciones maximalistas del presente no provienen de actores sociológicos clásicos, se agrupan bajo siglas tan peligrosas como ENSO o Polar Jet Sream, desperdigando temperaturas extremas, lluvias e inundaciones que sobrepasan las riberas de izquierda y derecha, vientos huracanados, canículas incendiarias.

La rampante y precaria condición política en que nos ha situado la obra extractivista de la dictadura y posdictadura, revelan que ya ese 1973 una solución mediante vuelos supersónicos, consumo intensivo de energías fósiles, masificación de consumo de trivialidades, carecía de viabilidad. Sólo la muerte pudo venir en su ayuda y dar una transitoria sobrevida. En política también hay cuidados intensivos con efectos a largo plazo no considerados.

Octubre del 2019 nos ha arrojado violentamente, por no decir regurgitado, a las condiciones del Chile de los sesenta. Pero sin las instituciones - austeras, campesinas- del Chile de los 60. Ni las universidades ni los hospitales públicos, ni los partidos, ni los medios, ni las agencias estatales, tienen la modesta y paisana consistencia de esos años.

La curva de Keeling merece ser leída no como un despliegue, desarrollo o progreso, al cual optimizar (“volverlo sustentable”) mediante límites, controles, barreras, mecanismos, regulaciones o soluciones de mercado (bonos de carbono). Más justo resulta percibirla como una du-

ración, un algo en el que estamos, cuyo entendimiento deberíamos procurar al menos.

Adentro entonces de esa curva antropocénica, al reeditar un texto sobre la Unidad Popular que tiene ya 20 años, quisiera resituarlo en esa demasiado ya *long durée* acompañándola de una recuperación de la figura de Rafael Elizalde y de un análisis ligeramente extemporáneo de la crisis institucional/constitucional (marzo 2022), que sin embargo sobrevive. Sus raíces no están en el orden social que se pretende establecer mediante el texto legal, sino en una cada vez más olvidada ecología. En la medida que el debate siga creyendo que la ecología ocurre afuera, garantiza que la escritura tendrá también una *long durée*. Es la razón por la que incluyo estos dos breves capítulos, distantes tan sólo tres o cinco ppm del CO₂ actual.

¿Desconocíamos?

Que Chile vivía una crisis ecológica en esos años no era un secreto. Lo había dicho con toda su sagacidad intelectual y política, Rafael Elizalde en 1959 y en forma póstuma en 1970. La *Sobrevivencia de Chile* fue publicada en Octubre de 1970, mientras Schneider se desangraba en un crimen organizado mediante autos y gasolina. La conjunción de ambos hechos no es casual. Condensan un problema que la CEPAL tenía entre manos, como una de esas conjeturas cuya demostración nos acosa: el agotamiento de la sustitución de importaciones hacía imposible el gran salto adelante de consumo sobre el cual se apostaba la gubernabilidad.

Si Pinochet pudo hacerlo en el régimen extractivista y estado mínimo, fue la concertación quien obtuvo su mayor rendimiento en términos de gubernamentalidad. La magia se agotó rápido y estamos a la deriva, en medio de una crisis ecológica que no es nueva, sino renovada.

Rudolph Pihilippi en el siglo XIX ya había expresado su preocupación por las especies introducidas y Federic Albert con su inquietud por la erosión expresada en la primera mitad del siglo XX, tarjaba la ilusión de un Domey-

ko o Vicuña Mackenna en que los combustibles fósiles salvaran a los bosques.

Carlos Muñoz Pizarro y Luis Oyarzún en los 60/70 avanzaban ya en la línea conceptual abierta por Elizalde y en la Universidad Austral se fundaba un Instituto de Ecología, liderado por Di Castri.

Recuperar la obra y figura de Rafael Elizalde es un acto de eco-memoria, indispensable para construir un movimiento que reconfigure el espacio político. Sin memoria no hay lugar ni transformación posible. La recuperación vívida del pasado es parte de la recuperación del futuro.

Recuperar la figura, los textos y el sentido de la vida y obra de Rafael Elizalde implica extender el horizonte de la memoria un poco más allá de los 50 años post-golpe. Por el sólo hecho de intentarlo, ampliamos la comprensión de la crisis de los 70 y nos ponemos en línea con un Chile que pareciera inexistente. Híppies, ecologistas, sesenteros expresan una combinación que ya en esos tiempos rompía los ejes izquierda-derecha y volvía sus ojos hacia la tierra, las ciencias, la política como arte de lo imposible.

Tenemos sólo fragmentos de su vida y obra, restos astillados de un tiempo que persiste, regresa, insiste. Tenemos su obra mayor: **La sobrevivencia de Chile**, artículos de la revista *En Viaje*, su biografía en la wikipedia y algunas notas de prensa, su homenaje a Federico Albert. Iremos por cada uno de esos pedazos, cogiendo pequeñas señas encerradas en el cajón de un mueble olvidado.

La sobrevivencia de Chile

La sobrevivencia de Chile está en memoria chilena como un libro perdido en una estantería, hábilmente ubicado en primer lugar, como la carta robada. Un regalo casi sin rastros ni referencia, “para todos y para ninguno”. Una presentación de 5 líneas, con menos que una biografía de Elizalde, introduce el libro, en un minisitio llamado El Bosque Chileno, como parte de sus documentos. El libro aparece en un recuadro titulado: Chile prístino y está solo escaneado en sus páginas de la primera parte (mcoo27319.pdf). El texto completo de Elizalde (mcoo27346.pdf) está disponible en el minisitio Destrucción ambiental del país.

Al menos está fácilmente accesible y en un sitio oficial, libre (¿o no tan libre?) de los vaivenes partidarios y burocráticos. La presentación y localización no están a la altura de esta obra mayor en la ecología política chilena y texto principal en el pensamiento de Elizalde. Escrito en 1958 y reescrito a fines de los 60, fue publicado por el Ministerio de Agricultura el 29 de octubre de 1970, a 6 días del cambio de gobierno. Un feliz amarre de Hugo Trivelli, quien desde la muerte de Elizalde el 10 de abril de ese mismo año, debe haberse afanado duramente para dejar el libro impreso. Sospechaba seguro que la Unidad Popular no garantizaría esa edición. Aunque contara con un ánimo ecologista en muchos de sus adherentes, el nuevo gobierno no carecía de distancia respecto de un autor demasiado hippie para el canon de izquierda.

Los gestos de censura intelectual, no a las obras, si no a

los autores, eran parte también de la cultura de izquierda. Que el libro de Elizalde corriera tal riesgo no es una mera hipótesis. Recordemos la censura que sufrió Chelén Rojas por publicar a Trotsky en Quimantú, de la cual sólo pudo salvarle una intervención directa de Allende.

Sugiero al lector interesado que se haga una buena impresión del archivo pdf, para estudiarlo con calma y usarlo en toda su plenitud. El libro fue diseñado para un formato impreso, sacando ventaja de el estado del arte del Chile de los 70.

El frontispicio del libro es Discurso de la Tierra, un texto del padre Lebrecht, cura dominico, que abandonó la marina para volverse sacerdote en 1923. Vinculado no sólo a los trabajadores y campesinos, fue un pensador de los problemas urbanos, el desarrollo y las dificultades del llamado tercer mundo. Participó en la redacción de documentos del Concilio Vaticano II y de la encíclica *Populorum Progressio*.

En el prólogo, el Ministro de Agricultura señala:

Las revoluciones auténticas son las “revoluciones medulares”, las que cambian la médula de la sociedad y sus hombres, Mientras la naturaleza y sus recursos sigan siendo maltratados, como lo ha hecho la civilización de la usura y el lucro, ajena al servicio del hombre y sus necesidades, por mucho que las etiquetas sean tentadoras, no habrá revolución trascendente.

Luego Elizalde en su Introducción nos cuenta del problema, de sus afanes y propósitos y nos delinea el plan de la obra:

he dividido la obra en cuatro sectores principales: Parte I, “Chile Prístino”; Parte II, “Fundamentos”; Parte II, “La devastación de los Recursos Naturales Renovables o Renarres”; y parte IV, “El camino de la Recuperación”.

Elizalde sitúa la cuestión ambiental como el problema principal de la política: “El mal manejo de los recursos naturales renovables es la causa primera del disconformismo, la angustia y la violencia que nos abrumba”. Su sentencia es tan radical que en ese momento se leyó sin sacar todas las implicancias. En tiempos de cambio climático, con las lecciones de la historia ambiental y las connotaciones del Antropoceno, entendemos más profundamente sus palabras.

Las notas de esperanza de Elizalde apelan a los jóvenes y la comunidad intelectual en la que se inscribe.

Y aunque los más siguen durmiendo la siesta de la pasajera plenitud, ya hay un sector importante de hombres que se han despertado en pánico con la pesadilla de un profundo sentimiento de culpabilidad ante la catástrofe que se cierne sobre el país, si no le damos a los recursos naturales renovables la primera prioridad en nuestro pensamiento y acción.

En sus agradecimientos cita una larga lista de autoridades, que incluye a Carlos Muñoz Pizarro, agrónomo y botá-

nico fundacional, autor por esos mismos años de **Chile: plantas en extinción** y a Francesco di Castri, ecólogo italiano, que impulsó esta disciplina y formó una cohorte de investigadores notables, a través del Instituto de Ecología en la Universidad Austral de Valdivia.

No se la vence si no obedeciéndola, la frase latina, con la que encabeza su Introducción, puede servirnos para remarcar el viraje definitivo que marca el pensamiento de Elizalde, pese a sus alusiones a Recursos y Desarrollo, cuyo desfonde hoy nos resulta evidente.

Los capítulos del libro que capturan la lectura hasta su clausura son El Paraíso que fue ... y Por Mal Camino Constituyen un texto básico de historia ambiental Chilena y sus reflexiones leídas a la luz de los textos de Crosby o Diamond, conmueven por su lucidez. Andrea Casals, Pablo Chiuminatto y Luis Otero han citado y apreciado el trabajo de Elizalde en esa perspectiva.

Son los únicos capítulo cuyos nombres terminan en puntos suspensivos y aunque los restantes no están exentos de implicancias prácticas, leo allí la mayor inquietud del autor, la mayor incertidumbre en el curso por venir, la esperanza no expresada en la suspensión del tiempo del progreso.

El lenguaje de Elizalde es de una ecología anglosajona, conservacionista y preocupada por la erosión, de allí su especial cariño por la figura de Albert. Pero hay también en Elizalde, algo del amor por el salvajismo que es bien norteamericano: el bosque, la pradera. Y una valoración estética de la biología y la ecología que llama la belleza escénica.

Elizalde debe ser uno de los primeros lectores de Rachel Carson (seguro que junto a Luis Oyarzún) y eso conecta muy profundo con las transformaciones intelectuales de los 60 y las sacudidas del gran salto adelante de los 50. Sin embargo veo también en su trabajo un amor por lo chileno, por las voces populares, los chistes sabrosos.

wikipedia

Su vida está condensada en la entrada bajo su nombre en wikipedia creada tan sólo en septiembre del 2020 y escrita por una mano no identificable, que se ha mantenido constante en hacerla vivir. Mediante ese registro entendemos el cosmopolitismo de Elizalde, su extracción social y se describe buena parte de su obra y legado.

Su muerte trágica está allí rubricada como inmolación. También se menciona un cuadro depresivo. La posibilidad de un asesinato fue rodeada en ese momento por un aura homofóbica. Sin embargo no creo descartable la hipótesis de una muerte en manos de terceros, por las razones que fuera. No veo en el esfuerzo de su obra, en la laboriosa faena intelectual de sus textos, signo alguno de suicidio o depresión. O leo muy mal o Elizalde escribía ocultando su alma, argumento que me parece inverosímil.

En Viaje

En el mismo texto de wikipedia somos invitados a revisar la revista En Viaje, de Ferrocarriles de Chile, para leer 7 artículos de Elizalde. En el primero de ellos, un par dedicados a promover el turismo nacional, fustiga rápidamente al economicismo ya en 1949: «El “homo economicus” ha tenido pleno buen éxito al ralear las florestas al norte del Seno de Reloncaví. Si se le reprende, por no decir sacudiéndose de los hombros, “después de mí el diluvio”, exclama, ¡y qué importa!, si hay tantas más al sur en Chiloé y Aisén. » Elizalde también discurre sobre el clima y es notable su apreciación del mismo (preocupación que comparte con Vicuña Mackenna), aunque descarta (en 1955) la existencia de cambio climático, ya está al tanto que hay un debate al respecto.

Los otros textos son sobre el bosque chileno (La muerte del bosque), la cocina chilena, Isaak Walton y aerofotogrametría en Chile. Si bien el primero de los mencionados tiene una orientación específicamente ecológica, en todos hay alusiones y referencias que cuestionan la economía y la condición ambiental, rescatando cuestiones y tradicionales locales.

Otros escritos

Otro texto encontrable en línea en la biblioteca del INFOR es la biografía de Federic Albert. También se menciona Réquiem por el árbol y como trabajos inéditos: Chile contra el desierto, El undécimo mandamiento, La orga-

nización de turismo en el mundo, El drama de Chile y La supervivencia.

Por un Rafael Elizalde viviente

A pocos años de su muerte, Luis Oyarzún dedicó un capítulo de la Defensa de la Tierra a Elizalde. La suerte de Oyarzún ha sido más afortunada y como señala el artículo de wikipedia, opacado tal vez la obra de Elizalde. Sin embargo, una ecología verdaderamente política requiere la reanimación de su obra. En ella se aprecian algunos valores únicos:

- Se trata de una reflexión que busca una acción política. Fundador del CODEFF, hay en Elizalde una vocación política excepcional.
- Elizalde es un autor indisciplinado, que valora y considera una biología ecológica, pero además de la política, incorpora la historia y la economía de modo crítico.
- Considera el valor estético como parte de la defensa ecológica. Si esto podía en los 60 parecer “aristocrático”, la incorporación de las artes en el movimiento ecologista hoy es indiscutible.
- Finalmente, la obra de Elizalde es indispensable para recuperar la tradición de un movimiento ecologista pequeño pero de notable vigor intelectual.

Esta última consideración tiene dos implicancias que queremos resaltar. Por una parte, se distingue del movimiento actual, que es muchísimo más masivo, pero con un bagaje conceptual más pobre y menos cosmopolita. La recuperación de Elizalde sería una contribución decisiva para la suerte de una alternativa ecológica, autónoma, independiente, no lobbista ni litigante.

Pero más importante aún, recupera el desafío ecológico como un componente histórico de largo aliento. El rol de Albert por ejemplo, conecta con Ernest Haeckel y el siglo XIX. Elizalde estudia y escribe la historia ecológica, generando las condiciones de posibilidad para una comprensión del antropoceno chileno. A la luz de su trabajo, podemos reconsiderar las crisis del siglo XX Chileno y sobre todo la de 1973, como crisis ecológica de una perturbación industrialista (y las del siglo XXI con mayor razón). Pero también, podemos comprender la actualidad como la reactivación de los desafíos encarnados en esas crisis, reconectarnos con sus intelectuales y sus acciones y saldar la brecha de una interrupción de más de medio siglo.

Las dificultades de la Convención y lo que debe importar a la clase ecologista (marzo 2022)

*sin una ardiente y paciente conciencia de clase ecologista,
¿cómo podremos vencer en la lucha de clases ecológica?*

Presentación

La convención constituyente nació del estallido político del 2019. Movimiento amplio, pero desorganizado, que se rebeló contra el orden configurado por la 7 modernizaciones de la dictadura. Un orden precario que solo logró llegar vivo al presente por el soporte intensivo de la Concertación. La coalición de la posdictadura logró esquivar varias crisis de legitimidad previas y enmascarar su

continuidad bajo fórmulas de acuerdos, mesas de trabajo, comisiones, informes.

La convención electa con un masivo apoyo se encuentra en crisis, sobre todo en su capacidad de proponer una visión alternativa en materias de existencia terrenal, porque no ha logrado ser fiel al proceso político que le dio vida. La incomprensión de su *arche* la desplaza al terreno de los acuerdos, los partidos políticos tradicionales, y lo que es más grave, a las formas de pensamiento modernas, coloniales, patriarcales, que son la sustancia misma de la crisis. Aquellos que cultivan huertos, organizan bibliotecas móviles, mapean la sequedad de sus suelos y preservan las aguas, los glaciares, los ríos, los bosques, son mil veces más avanzados en comprensión que los convencionales.

La pérdida del contacto con la tierra de los convencionales, no es una metáfora. Hace falta espolvorear humus en esos pasillos y poner canelos, chucaos, parinas, entre las sillas curules de los representantes.

En este panfleto organizado en tres partes, hacemos un análisis de porqué entender el 18 de octubre como la inviabilidad final de las 7 modernizaciones, del brete en que se encuentra la convención en cuestiones ecológicas y finalmente me permito sugerir las tareas que la clase ecológica debería abordar. La crisis de la convención se examina desde tres problemas centrales:

- La incapacidad de entender que el *ancien regime* que la constitución debe dar por acabado es la modernización y que la nueva constitución debe servirnos para vivir en el nuevo régimen climático.

- La confusión del rol performativo que puede tener una constitución en ese sentido, con la ilusión de que las palabras sean capaces de resolver la crisis colectiva del estado nación Chile.
- Sitúo los dos aspectos previos en que la avanzada ecologista de la convención sigue pensando en proteger la naturaleza y no entiende que es esa creencia en la naturaleza uno de los principales problemas que nos ha llevado al Antropoceno.

¿Qué expresó el 18 de Octubre?

Aunque se ha propagado la existencia de un documento propuesto por la Armada de Chile para organizar el país tras el golpe de estado de 1973, conocido como ‘“El Ladrillo”’, lo cierto es que Pinochet no tenía tan claro, más allá del genocidio, su proyecto político.

La fuerza aérea tenía un plan corporativo, con ideas privatizadoras que no era el de la marina. Pinochet calculaba su rumbo tras el golpe y vacilaba en materias económico-sociales. Crisis tras crisis, asesinato de Orlando Letelier y Ronny Moffit, del General Carlos Prats, atentado a Bernardo Leighton, la distancia con la Democracia Cristiana y la salida de Gustavo Leigh, lo hicieron ordenarse tras un plan neoliberalizador a ultranza. Pinochet se sentía camarada de Reagan y Thatcher. Tras la crisis económica 74-76 que fue el primer gran shock petrolero y la primera estanflación del orden keynesiano, su arremetida reductora del estado, en 1980 anunció sus 7 modernizaciones.

Antes de eso habría que señalar que la dictadura nace de la crisis ecológica que expresa la crisis de la Unidad Popular. El agotamiento material de modelo de sustitución de importaciones y reforma agraria propuesto tras la crisis del 29, se agota en los 50, cuando se habla del segundo período de sustitución de importaciones. La UP culmina en una crisis política que expresa la incapacidad ecológica de Chile de modernizarse.

Desde los años 50 la urbanización creciente, alfabetización, atención profesional del parto, acceso a agua potable, presagiaban el gran salto adelante que encantaba a todo el mundo por ese entonces. De izquierda y derecha, todos eran desarrollistas. La posibilidad de traer a Chile el modelo americano de consumo: autos, lavadoras, cocinas a gas, refrigeradores, supermercados, era parte de todos los programas políticos. Cuando Allende fue electo, ese modelo de vida alcanzaba a una pequeña minoría. La clase alta y los profesionales podían tener un auto, comprar en Portofino o La Bandera Azul, viajar en Lan o Ladeco, tener cuenta corriente.

La mayoría de los rotos aún vivíamos en suelo de tierra, cocinábamos con leña o parafina, nos íbamos colgados de las micros al trabajo o colegio, teníamos muebles de mimbre, usábamos una libreta en el almacén, íbamos descalzos al colegio o teníamos compañeros que iban a pata pelada y empezamos a llamar por teléfono desde un equipo instalado en la Junta de Vecinos.

Allende no logró masificar un auto popular (fracaso del Citroen Yagán), ni la industria ariqueña pudo ofrecer televisores ANTU ni los cordones industriales pudieron ofre-

cer FENSA, MADEMSA, ni siquiera Bolocco para todos. ENTEL no logró generar millones de líneas telefónicas. Las 7 modernizaciones sí pudieron hacerlo y esa cantidad de mercancías entrando en la vida popular explican el 44 % de apoyo de Pinochet en el plebiscito y su presencia emocional en un importante sector de la derecha: son los hijos pródigos de la modernización pinochetista.

Del otro lado, están los que para ser parte de esa modernización deben pagar la universidad de sus hijos, financiar el negocio previsional, dejar de acceder en forma gratuita a bienes públicos como agua, mar, lagos, ríos, suelo, aire, porque tienen dueño, precarizar su trabajo, pagar los sobrepagos de los monopolios y los intereses de la financiarización de la economía.

Pero en realidad lo que ocurrió es que la crisis ecológica de los 60, denunciada ya por Rafael Elizalde, Luis Oyarzún, Carlos Muñoz Pizarro, fue arrojada al futuro por el gran salto adelante de Pinochet, que edulcorando los padeceres populares con consumo, transformó nuestras condiciones de vida. Agua, suelo, aire, mar, pasaron a ser recursos económicos. La vida estuvo organizada en torno a la economía.

Eso fue lo que estalló en octubre del 2019. El uso popular de la expresión estallido, es sabia porque asemeja a lo que ocurrió en el Apolo XIII: un cortocircuito en el tanque 2 de oxígeno que lo llevó a temperaturas de 1000 Farenheit, mientras el sistema estaba diseñado para registrar hasta 80. La crisis fue sentida como un «*pretty large bang*». Tras la investigación del desastre y en la foto del módulo de servicio tomada al reingreso a tierra, entendemos

la falla del tanque 2 y la explosión del tanque 1. La tripulación debió organizarse para vivir con restricción de oxígeno, agua, en condiciones de frío y humedad anómalas, esforzándose por sobrevivir y colaborar en el regreso a tierra, usando el módulo lunar como balsa salvavida. Las modernizaciones de Pinochet fueron el diseño que estalló. El desastre ecológico de extracción de minerales, salmonicultura y el modelo agroexportador, que sostuvo las importaciones masivas, también agotó el agua, destruyó la habitabilidad de Chile, secó y calentó las ciudades, desapareció especies y ecosistemas, derritió glaciares. Ahora estamos todos en el módulo lunar esperando que la convención nos traiga a tierra. El problema es que la convención no sabe cómo asumir ese rol, no comprende la magnitud y los orígenes de la crisis. No pisa tierra, la tierra reseca del Antropoceno.

Las tareas de la convención

Entre los pueblos modernos, la Constitución tiene un atributo mágico. Los niños en los colegios deben memorizar sus fechas. Los presidentes deben jurar ante ella. Vestidos con sus mejores trajes de hechiceros, los legisladores propugnan que el orden constitucional es el que anima la nación. No es sorprendente que ante una crisis mayúscula, lo primero que hicieron los hechiceros de la tribu fue recurrir a esa figura mítica.

El nuevo régimen climático

Pero los hechiceros no se han enterado de que estamos en un nuevo régimen climático.

Necesitamos un nuevo régimen político porque el que tenemos es obsoleto, inadecuado, obsceno.

Nuestro problema actual no es el *ancien regime* de la monarquía. El *ancien regime* esta vez es la propia modernidad. Necesitamos nuevas reglas políticas para vivir en este nuevo régimen climático, marcado por la heteronomía en vez de la autonomía, en la dependencia creciente entre los vivientes y no vivientes. La libertad por tanto debe ser reformulada en términos de esa interdependencia, de la posibilidad de restaurar ilimitadamente las relaciones premodernas. Un régimen marcado por los límites ya franqueados en el consumo de combustibles fósiles, de extinción de especies, de producción de plástico, de destrucción de suelos.

No se trata sólo de decir estamos en crisis climática. Eso puede decirlo la ONU, la SOFOFA, el Banco Mundial y el Banco Central. Sería más adecuado decir:

Necesitamos una constitución que nos ayude a vivir políticamente en el Antropoceno, formas políticas convivenciales con todos los existentes, en democracia sustantiva.
Lo demás es escoria.

¿Cómo encarar el Antropoceno con palabras?

El problema no es de leyes ni de constituciones. La ilusión constitucionalista no puede embriagarnos. El problema está en nuestro modo de vida y en las categorías intelectuales que trazan el mapa de ese modo de existencia. Recursos ecosistémicos, desarrollo sustentable, producción limpia, son expresiones anfibológicas cuyo sustantivo tóxico no se amortigua con un adjetivo elegante. Son las banderas intelectuales de las que está lleno el ministerio del medio ambiente, la CORFO, las Universidades, el SINAP. Todo eso ahora habita en medio de la Convención. Y es eso lo que requiere ser transformado.

La convención constituyente debería haber servido para medir fuerzas y organizar al pueblo ecológico. Pero nada de eso se ha realizado. En este momento el debate sigue el mismo extravío de los modernos.

Estamos a punto de perder una oportunidad preciosa. Un logro que costó mucho, que dejó mucho daño, podría volverse polvo.

¿Dónde está la naturaleza?

Proteger la naturaleza es como decir a los tripulantes del Apolo XIII que no son sus tanques los que estallaron y que están próximos a la asfixia, sino que se trata de un problema del espacio estelar amenazado.

La modernidad nace con la dualidad naturaleza/sociedad y es justamente esa dualidad la que nos tiene en la actual crisis. Los vivientes de la tierra no podemos existir sino

dentro de este suelo climatizado con el oxígeno que exhalan las plantas, mineralizado con la oxidación de ese mismo aliento vegetal, enriquecido con heces de lombrices, protozoos, bacterias. Hay tantas bacterias y hongos en el bosque del volcán Hornopirén como en las salas de la convención. ¿Dónde está la naturaleza a proteger?

Las leyes es cierto, pueden ayudar a entender de otro modo nuestra vida, ayudar a hacerlo menos económico y menos productivo. A des-economizar la vida.

Pero sólo a condición de reconocer la existencia de esas prácticas en la vitalidad misma de nuestras inter relaciones.

La constitución no puede crear de la nada. Puede potenciar, fortalecer conexiones, estabilizar redes. Pero nada de lo que regule la constitución tiene sentido si no busca multiplicar aquello que los campesinos-recolectores-reparadores ya están haciendo con las plantas, animales y suelos.

¿Qué puede hacer la clase ecológica?

Lo primero es ser conciente de sí y luego hacerse a sí misma. Parece un dilema del huevo y la gallina. Pero es así. La clase ecológica es mayoritaria y está compuesta por todos aquellos que tienen una real preocupación por la suerte planetaria. Pero su grado de conciencia es tal, que las lleva a votar por lo no ecologistas en todas las elecciones. Es cosa de ver cómo se aprueban los más oscuros proyectos extractivistas, de qué modo se bloquea el presente de

los habitantes de zonas destruidas por el industrialismo, en un engorroso debate de planes de descontaminación y normas de emisión, que tienen la ilusión de que la crisis es de gestión ambiental.

Una clase ecológica conciente y orgullosa de serlo, debe tener su propia organización, sus propios representantes políticos, debe tener locales propios, trabajo territorial propio, órganos de prensa.

Pero además debe tener una cultura de clase, debe aglutinar a las artes en su campo, a las ciencias y a todos los saberes. Lo segundo, es que debe dejar el lobby y la crítica, y situarse en el hacer. Debemos multiplicar las experiencias ecologistas que muestran que sí se puede cultivar sin veneno, que sí se puede vivir consumiendo menos, que se puede disfrutar y reír y amar sin dilapidar energías de fuentes fósiles. Que es posible ir caminando al trabajo, al colegio. Reunirse en lugares públicos. No gastar kilos y kilos de plásticos.

Lo tercero es converger en formas de organización más grandes. Constituir un frente unido de ecologistas, en los cuales sea posible ecologizar juntos y pensar libremente.

La unidad de las fuerzas ecologistas en un gran frente permitirá construir la clase, hacerse mientras se hace, crearse a la vez que se crea el espacio donde puede existir.

No es raro. Así es como viven los seres vivos. No tienen un medio pre existente. Al existir crean el ecosistema en el que pueden vivir.

La clase ecológica necesita más biología y menos economía y seguir la senda abierta por las bacterias, vegetales y

animales. Ellos son la mejor vanguardia de la que debemos aprender.

La Unidad de lo Popular. Allende y la apertura de las Alamedas

La pregunta por el ser chileno no es una simple cuestión de ocio. Pasa por nuestra existencia y cada día, nos devuelve la interrogante en el rostro del semejante. ¿Hay un chileno en el transeúnte que cruza por Ahumada, en Pinochet que pasó blindado, en Allende cuyas llamas aún queman la historia, en el campesino que nos saluda mientras subimos al Calbuco, en Laurita que nos daba pensión en Sierra Gorda, en cada uno de los desaparecidos, en cada uno de los torturadores, en Fresia, en la Mistral, en el Lonko Carlos Lincomán, en Prat, en Claudio Gay? La lista es interminable, heroica, fatal, cobarde, traicionera, poética, creadora, ebria, lúcida, festiva, oceánica, pedregosa, volcánica, austera, ligera, profunda, arribista, miserable, alcohólica, violenta, erótica, sexual, ovárica, testicular, acosadora.

Algo existe entre nosotros, algo que nos une en nuestras miles de caras, tan horrible que se oculta bajo los sillones del living, se disuelve en las nieves que arrastran los veranos y de vez en vez sale a bailar una cueca macabra.

Esta viciosa unidad de la patria me ha penado cada año de mi vida y me sigue penando. No puedo habitar las ciudades sin pulular por la historia, no puedo mirar sus cerros sin echar una mirada río abajo, no puedo conocer a las personas sin saber qué hicieron el 16 de septiembre mientras asesinaban a Víctor Jara.

Me urge eso que tenemos de semejante los chilenos, ese algo que nos hiere y nos mata, algo que alumbra co-

mo la poesía y seca como las quebradas de sal, que nos da una tregua cada mil años y una guerra prolongada todos los días.

Qué problema tan problema decía Alegría y nosotros sólo repetimos la pregunta que acorraló a tantos, junto a las bestias, sobre la paja, entre la huida y el despido.

¿Es la tierra, mal repartida por Valdivia? ¿La indiada violada y asesinada? ¿Son las piedras volcánicas? ¿Los conchales?

¿Qué marca nuestra desdicha y nuestra entrega al extranjero? ¿Porqué dejamos solos a Balmaceda, a Allende, a Recabarren, a Violeta Parra, a Miguel Enríquez, a de Rokha, a Edwards Bello?

Es la historia dicen los libros viejos, los restos humeantes, la memoria de las cosas, de los huesos, de la lava, del desierto, del agua. Las cosas que acumulan historia en su cuerpo y cuando las sostienes en la mano, te revelan su marca, las ciudades con calles en que anduvo la muerte vestida de civil, las cruces que rodean los caminos, los pueblos sin fantasmas. Los siglos con nombre de cosas: el siglo del sebo, del cobre, del salitre.

Kiñe

Mis imágenes de la UP deben tener el aura que Jung encontrara en los arquetipos o que Benjamin señalara como dialéctica: “La imagen dialéctica es una [imagen] relampagueante. Así, como una imagen que relampaguea en el ahora de la cognoscibilidad, ha de aferrarse firmemente lo sido. El salvamento que de esa suerte -y sólo de esa suerte- se lleva a cabo sólo se deja cumplir en aquello que al instante que sigue se ha perdido ya irrescatablemente” .

Esta imagen y su permanente asonada entre mis recuerdos, arremeten contra las ideas de progreso y de historia universal, monstruos evidentes y educados, que resguardan las antecámaras de la memoria.

Porque después de Pinochet resulta inútil seguir creyendo en la historia como una acumulación de hechos gradualmente algo. Ya no hay sueño posible confiado a la realización de la idea de la libertad, al espíritu de la historia, al desarrollo de las fuerzas productivas. Hay sólo historia, dramática encrucijada social, para vidas siempre tan

cortas.

Tampoco la inauguración totalitaria de Pinochet es una nueva radiografía para compararla con una serie de tomas, en el negatoscopio de la historia clínica del país. La brutalidad y la violencia, el odio desplegado, la racional y paciente construcción a través del dolor y la muerte, con que la dictadura y los dominadores de siempre, golpearon al pueblo chileno, no pueden ser comprendidas como un desvío o un retroceso de un cierto curso histórico. El desaparecimiento de personas, la tortura masiva como herramienta de terror y el destierro, poen de bruces los apelativos a la razón como un rector que nos cuida y salvaguarda. Y aniquilan toda fe en un pretendido avance continuo hacia la felicidad humana.

Mas bien nos dejan sometidos a los apetitos de la racionalidad modernizadora, a su vehemencia de hacer posible lo impensable: “Hasta ahora, la creencia totalitaria de que todo es posible parece haber demostrado sólo que todo puede ser destruido. Sin embargo, en su esfuerzo por demostrar que todo es posible, los regímenes totalitarios han descubierto sin saberlo, que hay crímenes que los hombres no pueden castigar ni perdonar. Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable, que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder, la cobardía. Por eso la ira no puede vengar, el amor no puede soportar; la amistad no puede perdonar. De la

misma manera que las víctimas de las fábricas de muerte o de los pozos del olvido ya no son “humanos” a los ojos de sus ejecutores, así estas novísimas especies de criminales quedan incluso, mas allá del umbral de la solidaridad de la inequidad humana”(H. Arendt, Los Orígenes del Totalitarismo).

La idea de progreso, largamente deteriorada por los acontecimientos universales del siglo XX, pero definitivamente clausurada para nosotros por el tiempo de Pinochet, nos impide ir al fondo de los hechos, hurgar en los espeluznantes acontecimientos. Para alcanzar la soledad humana, bajo el manto de los años de la dictadura se requiere ir con una soledad semejante, despojado incluso del progreso. Y allí en su contracara, cuando la historia no es el continuo de una idea que se despliega, surge la vitalidad del acontecimiento, la riqueza de la discontinuidad, la apertura hacia lo nuevo. Con la ruptura de esa muralla, se reanima la fortaleza de la contingencia y de lo indeterminado. En el plano de la política esta dimensión se transforma en el ejercicio de la libertad, es decir la posibilidad de realizar mediante el encuentro de los diversos, hechos inesperados.

En ese sentido, la libertad es una dimensión política, pues cobra sentido en la coordinación de la acción, a través de la palabra y las mismas acciones, junto a los otros.

Y en esa mirada, se reconoce a la Unidad Popular como el envés de la dictadura y en Pinochet, la sombra Jun-

giana de Allende. El bullir político del pueblo, de los cordones industriales, poblaciones, universidades, asentamientos, asambleas, JAP, juntas de vecinos, centros de madres, marchas, mítines, es posible porque miles y cientos de miles dejan de ser trabajadores y se transforman en personas. Asoman su dignidad en las alamedas y hacen de la ciudad una polis.

En esto no hay consenso posible. Para muchos, la caótica marcha de la sociedad moderna, con sus turbulencias, desamparos, crisis y violencias, son un hábito cotidiano y deseado. Entonces la i(nte)rrupcion de los excluidos, de los upelientos, la paralización de los despidos y las discriminaciones, la debacle de todas las jerarquías, la visibilidad de los pobres como sujetos impredecibles, abiertos, creadores, es decir como personas, no puede significar sino el caos. Cuando los valores políticos y culturales creados por una sociedad pasan a ser marginales, y la producción y el orden económico y material son la vara de medir su altura, la UP pierde su aura y se transforma en una trastienda de restos inútiles. Sólo que con esa óptica, el mundo de Heráclito y Hesíodo, por dar un ejemplo, se reduce al analfabetismo, el agua sin clorar y calles sin automóviles.

Lo que me interesa de la UP, es la i(nte)rrupción que provoca y el fenómeno político que inaugura, es precisamente el caos y ese entrecruce, esa demoledora mezcla de movimientos, ese inseparable abrazo de reforma y revolución, de extremismo socialdemócrata, de legalidad y po-

der popular. En esos años todos, sin leer a Nietzsche, nos dimos el lujo de contradecirnos 10 veces cada día.

Ocorre que cuando miles de personas anónimas empiezan a mostrar lo que son, opinan en asambleas, cuestionan en calles y en micros, se abre un espacio de palabra y acción que no es la esfera del trabajo, ni del mercado, ni de la vida privada, sino la de los asuntos públicos. Eso y no otra cosa, es la acción política. El inicio de lo indeterminado, la posibilidad de la redención, la confianza de muchas personas en acciones que las comprometen hasta la médula, precisamente porque el objetivo final no esté determinado ni garantizado de antemano y porque la idea misma de objetivo final, tiene algo de cadáver.

Merced a la discontinuidad, a la ausencia de sentido de la historia, sin posibles los comienzos, es posible la política, la dignidad de las personas. "Yo vi la edad de oro, la sentí brotar de la ciudad como un tigre de espigas, la edad de oro no era en absoluto de oro, ni siquiera una edad: relámpago entre dos nubes de petróleo, caricia de unos pocos días, entre pasado y futuro, yo vi la edad de oro ... no era la edad de oro pero ardía brillaba, en cada esquina se buscaban las manos, se abrían las sonrisas, se discutían los quehaceres, se mataban dragones escolásticos, se dibujaba una silueta humana, algo nacía hacia el encuentro, algo cantaba desde nuevas gargantas para nuevas memorias" (J. Cortázar, Último Round).

Si la idea del progreso es cuestionada, entonces también la derrota tambalea y el sacrificio de miles ya no es en vano. Todo vuelve a estar desafiantemente presente, como cuando se cría un hijo sin tener técnicas para construir un ser humano.

Ni la política ni las personas entramos en las reglas del trabajo y la técnica. No entran en las lógicas de dominio, explotación, provocación y consumo, de medios y fines, que comanda al trabajo y al mundo de objetos que interpone entre los hombres y la naturaleza. La política es volver la espalda a la manipulación de personas y actos, a los intentos por someter la vida colectiva a una dinámica de control, raíz de los gobiernos totalitarios.

Si volvemos la espalda al progreso y recuperamos para la vida colectiva, el ámbito de la acción y la palabra, dejando el trabajo y el mercado fuera de la esfera de público, reaparece la política y la pluralidad vuelve a llenar nuestros encuentros. Derribado el progreso como la máquina impersonal que todo lo impulsa hacia delante, las personas se hacen presentes y hasta la derrota es relativa.

Por una parte, nos hace digno a todos, puesto que hace de nuestra existencia y de nuestro único tiempo un lugar de residencia que se basta y exige su cumplimiento en sí mismo.

“En el mismo KANT hay esta contradicción: el Progreso Infinito es la ley de la especie humana; al mismo

tiempo, la dignidad del hombre hace que sea visto cada uno de ellos ...en su particularidad, reflejándose como tal, pero sin ninguna comparación e independientemente del tiempo, la humanidad en general. En otras palabras, la misma idea del progreso –si es más que un mero cambio de circunstancias y es un mejoramiento del mundo– contradice la noción de KANT de la dignidad del hombre (H. Arendt, *La Vida del Espíritu*).

Por otro lado como ya se ha dicho, sin progreso, la idea de derrota empieza a tejer una reaparición. Y en esto reside la posibilidad de recomenzar, no de intentar volver, sino de alumbrar el presente con las luces de lo que está invisible, pero no se ha perdido. La derrota reconocida como un fracaso doloroso y existencial, puede ser también un renacimiento de todo lo verdadero que nos ha sido arrebatado.

Gabriel Salazar tocó este punto con lucidez y audacia, en su *Historia Contemporánea de Chile*, escrito antes de la detención de Pinochet, cuando ya muchos daban por cerrada la acción política en torno a la UP: “Es necesario ser cuidadoso, sin embargo, cuando se habla de derrotas. Y sobre todo cuando se trata de derrotas de ese rango y carácter. La historia no se reduce al «campo» de batalla y a la estadística de los muertos, heridos y vencedores. Más allá del humo y la sangre, hay otros planos: el del dolor. El del recuerdo y la memoria. El llanto de los deudos, la ira de los despojados, la solidaridad de los observadores. La derrota, en suma, es una experiencia social e histórica más

ancha, profunda y longeva que la destrucción neta que la define. Porque la experiencia de la derrota queda viviendo palpitante, y crece hasta rodear, por todos lados, el carro de los vencedores. Por eso, la brutalidad de la derrota marxista creó, en torno a los caídos y a los vencedores, una experiencia pos marxista mucho mayor que la experiencia militante de los que cayeron. El libremercadismo celebró la extinción de la militancia marxista, pero tuvo que retroceder ante la nube experiencial que surgió de esa extinción. Nube que puede llevar diversos nombres. Tal vez, todos los nombres. Recordemos uno: «Derechos Humanos» (G. Salazar, Historia Contemporánea de Chile)

Epu

Digo que las alamedas tienen pendiente su apertura, pues la ciudad es hoy una *polis* sin política, un mundo social en que ha desaparecido el espacio para una acción colectiva, que surja del encuentro y coordinación de la diversidad de las personas. Esa carencia ha sido subsustuida por el mundo público del mercado. En ese ámbito, desaparecen las señas de las personas y las posibilidades de un encuentro interhumano. Hoy en que todo, cultura, diversión, intimidad, son mercancías, parece extraño que las cosas puedan ocurrir de otro modo. Pinochet inundó el mundo de lo público con la esfera del trabajo. Obtuvo mediante el terror político, gremial, asociativo y económico, la disciplina de los empleos y el uso hasta la saciedad de la vacuidad de la televisión, una transformación de las personas en un único género de “*homo faber*”. Con repetido énfasis su habla dio por extintas las clases, diciendo que todo éramos trabajadores. Apelando a la ideología totalitaria de la economía como el referente de toda sociedad, a los intereses privados individuales como la piedra de sustento del mundo colectivo y al mercado como al

instrumento de orden de la vida social, creó un “*homo faber* ... plenamente capacitado para tener una esfera pública propia, aunque ni sea una esfera política, propiamente hablando. Su esfera pública es el mercado de cambio, donde puede mostrar los productos de sus manos y recibir la estima que se le debe” (H. Arendt, *La Condición Humana*).

Pinochet modernizó al país como nadie pudo nunca hacerlo. Rompió aquellas barreras colectivas que contaminaron de particularidades todos los intentos desarrollistas anteriores y que limitaron sus respectivos alcances. Mediante la violencia y el terror destruyó todas las tramas solidarias en los lugares de trabajo y poblaciones, en los sindicatos y juntas de vecino, centros de madres y partidos políticos. Rompió los vínculos de hermandad que impidieron una y otra vez destruir al pueblo y sustituirlo por una masa de individuos consumidores. Logró imponer en un comportamiento competitivo y egoísta, conforme con lo esperado por las curvas microeconómicas con que hoy viste razonar y comunicarse.

Los intentos previos por obtener esta modernización fracasaron. Y es que la presencia de lo popular marcó todos esos intentos. Así como a principios de siglo, los poetas populares inundaban de metáforas y sensibilidad la prensa política de las salitreras, el mundo popular ha impregnado la penetración moderna, limitando su alcance, preservando una cierta autonomía, guardando una especial distancia. El propio proyecto de Allende está impreg-

nado de moldes positivistas, marcado por los particularismos locales e históricos. Su imagen de padre del pueblo chileno, su palabra tranquila de maestro, la noche del terremoto del 8 de julio o el mismo día del golpe, el liderazgo político como una especial extensión del cuidado médico, son la carne de un proyecto que tiene más de romanticismo antimoderno que de socialismo científico.

Sobre ese mismo camino moderno y antipolítico ordenado por Pinochet, hemos complejamente transitado. En estos años postdictatoriales el camino de la política cada vez nos acerca más a la encrucijada de la apertura o del cierre. El sentido final que tiene la confrontación de los proyectos políticos actualmente existentes, se dilucida en fortalecer las expresiones ciudadanas de acción y palabra humana que se generaron a través de las protestas o consolidar las tendencias idiotizantes del mercado. O abrimos la vida pública y la ponemos por sobre el mundo de lo propio, el *idion*, de las compras, el trabajo, el consumo o nos limitamos al parloteo interminable sobre la vida privada de ciertas personas transformadas en pública, gracias a la TV.

La presencia de la constitución del 80, aprobada bajo la mira de las bayonetas, en medio de torturados, desaparecidos y relegados, cuestiona la posibilidad de lo político. No es posible pretender que las palabras valgan, que exista la confianza para convivir, cuando la regla que debe generar ese espacio colectivo, tiene su inicio en un gobierno totalitario. En política el comienzo ilumina la globalidad de

la acción. Platón escribió “El comienzo es como un Dios, que cuando está presente, salva todas las cosas”. En nuestro caso, los crímenes e injusticias de esos años 80 impregnan y degradan toda la institucionalidad. Los desaparecidos y los torturados cuestionan el texto basal sobre el cual se debe fundar la confianza y la reciprocidad. “Una constitución ... tiene dos dimensiones que iluminan la relación entre derecho y política en forma muy concreta. Son de la construcción por el *homo faber* del espacio público y la obtención del acuerdo para el actuar conjunto, por medio de la promesa. La constitución es, por lo tanto, una construcción convencional, en que la contingencia del consenso, cuya autoridad deriva del acto de fundación, es una virtud, porque la verdad de la ley se apoya en la convención creadora de una comunidad política, que genera la gramática y sintaxis del poder”. (C. Lafer La Reconstrucción de los Derechos Humanos).

La imposición de ese texto constitucional ha alejado la verdad de la política. No es extraño que en la oposición a la dictadura se haya construido un relativismo moral y epistemológico, para sostener esa contradicción abismal. El esfuerzo que hizo la intelectualidad sobreviviente durante la dictadura para sustentar una relativa independencia, alumbró una sofisticada destrucción de la verdad. El éxito de esa epistemología en el mundo intelectual post-dictatorial, conspira contra el renacer de la política.

En medio de esta atmósfera social sin oxígeno para la política, la imagen de Allende aparece como la forma ar-

quetípica que puede restaurar la fe en la verdad y en la palabra, la coherencia de actos y discurso, indispensables para un resurgimiento del poder: “El poder es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones, sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades” (H Arendt, *La condición Humana*).

Cuando Allende en los instantes previos al suicidio, expresa su fe en la apertura de las Alamedas, reconoce en la Junta que lo amenaza desde el escondite, el tiempo del desaparecimiento de la política. Al borde la muerte, en la lucidez terrible de su dignidad, profetiza que el único tiempo por venir es el presente caótico, embriagador y fulgurante de la Unidad Popular, con el pueblo inundando las alamedas. Nadie como Lezama Lima ha logrado capturar esta dimensión de la figura de Allende:

“Ahora Allende combate en todas partes de la franja vertical del fuego coronario, atrae como un imán mágico y enseña a todos la fuerza irradiante de la suprema prueba del fuego y de la muerte. Él entrará de nuevo, no en la ciudad de ahora, sino con los citaredos y los jóvenes que saltan como jaguares por encima del fuego. Está en todas partes como la mejor compañía, luchador absoluto y sus amistosos designios como la libertad. Como en las grandes construcciones donde el número de oro, que daba las proporciones de la armonía, traza la melodía de

la arquitectura, de la misma manera ciertas vidas, como las de Allende, están regidas en su parábola y en su muerte por el número de oro. Un secreto canon que les da su misterio y su cumplimiento. Tanto en su vida como en su muerte bullen las más seleccionadas fuerzas generadoras. Al morir ya está a su lado el nuevo retoño del grano de trigo” (J. Lezama Lima, 25 de abril de 1974).

Kiila

Voy a partir por mis recuerdos.

La noche del 4 de septiembre de 1970 volvimos tarde a casa. Mis padres, como disciplinados militantes comunistas, habían pasado todo el día en sus respectivas mesas, cuidando voto a voto, las preferencias por la Unidad Popular. Como en tantas elecciones, completaban más de 12 horas en su local de votación. Esta vez, la noche no la pasaríamos junto a los abuelos, pues queríamos celebrar el triunfo popular en familia.

A eso de las 11 de la noche pudimos oír el triunfo que tanto esfuerzo había demandado a mis padres. El sueño vino como un gran descanso. En Santiago, Allende habló a la gente que inundó las calles desde un balcón de la FECH, hacia las Alamedas. Algunos amigos –miristas en esos años– me contaron en los años de la dictadura, que la noche del 4 de septiembre estaban acuartelados esperando lo peor. Cuando la muchedumbre que bajaba de los cerros para festejar en el plan ya era indesmentible, sa-

lieron de su escondite a participar de la alegría.

Durante todo el año 70 mi pieza estuvo llena de propaganda de Allende. El número tres y el signo de la UP, se dibujaban en mi maleta escolar, en las piedras del cerro de enfrente y en muchas casas de simpatizantes. En mi colegio podía identificar a los niños que solidarizaban con Allende y a los profesores. Muchos de ellos eran mis conocidos desde una histórica huelga de profesores en 1968, que duró un par de meses. La efervescencia política y social de esa víspera no podía dejar de ser percibida por un niño de 9 años.

Junto a mis padres había asistido a muchas reuniones de CUP barriales, en que señoras ajenas a la política se transformaban en activistas de una campaña. En los cerros de Valparaíso, las tardes de los sábados, caminábamos hacia Puertas Negras y el cuarto sector CORVI, pisando el color rojo de la greda de los altos del puerto, entre eucaliptus que habían quedado sin crecer. En los patios se juntaban las familias obreras para ganar votos. Era una dura pelea con la Democracia Cristiana, el partido que a punta de Juntas de Vecinos y Centros de Madres, competía en los barrios por la preferencia popular. Así como hoy la UDI disputa a la concertación en los barrios, en esos tiempos la Unidad Popular competía con la DC.

La huelga de profesores que duró 64 días entre marzo y mayo del año 68, no fue un hecho aislado. La gran olla común, las profesoras preparando la comida, los pro-

fesores buscando solidaridad y los niños jugando en el local sindical, eran un señal de los tiempos. En un local hoy sustituido por un caracol, se reunían los profesores bajo el liderazgo fuerte del PC. Veíamos películas soviéticas, se jugaba ajedrez, nos vendían y comprábamos libros editados por MIR (Editorial soviética cuyo nombre significaba Paz) y vivíamos familiarmente un mundo social, marcado por los éxitos del socialismo. Votar por Allende era incuestionable.

Meli

Entre 1966 y 1967 Chile vivió un auge de huelgas, con innovaciones en su combatividad, métodos y sectores involucrados. El agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, las radicales transformaciones del campo y una peculiar reorganización de organizaciones políticas y sindicales, dieron origen a una tremenda politización de la vida social. Según Vitale “En 1967 se produjeron 2.447 conflictos que significaron 2.206.000 días hombres en huelgas (1.289.000 en huelgas legales y 700.000 en «ilegales») y en los primeros meses de 1968, 2.539 conflictos con 4.470.000 días hombres en huelgas con un cambio significativo en huelgas «ilegales» (3.024.000 en huelgas «ilegales» y 931.000 en huelgas «legales») (L. Vitale, ¿Y después del 4, qué?)

Perry Anderson sugiere que los cambios en la estructura agraria ocurridos en esas décadas rompieron la peculiar combinación de burguesía y movimiento obrero, que sustentaba las democracias relativamente estables del Cono Sur: “y allí [Chile] también la reforma agraria de la democracia cristiana disminuyó notablemente el peso del gran propietario agrario rural en el bloque dominante” (P.

Anderson Dictadura y democracia en América Latina). Con mayor claridad aún, Bengoa señala que la estructura social chilena fue construida en el S. XVIII a partir de la demanda agrícola del Perú¹ y que la ruptura de esa estructura ocurrió en el siglo XX. La crisis de esa organización nacional surge en campo y pone de brucea toda nuestra sociedad (José Bengoa, Historia Social de la Agricultura Chilena).

Esta vía de análisis es importante, pues las transformaciones en la estructura de propiedad rural resultaron en una doble paradoja. Los cambios del agro fueron iniciados por Alessandri, continuados por Frei y profundizados por Allende, bajo la presión de los campesinos. Si la señal de inicio la dio la iglesia, al repartir sus tierras en Molina, bajo la iniciativa de Raúl Silva Henríquez, lo cierto es que existían buenas razones modernas para promover una reforma agraria. El desarrollo frustrado chileno tenía en la estructura agraria un factor limitante. El atraso tecnológico, la baja productividad, el desuso de las tierras, el desempleo campesino, la baja tributación, además de la marginación extrema del campesinado, ponían en duda todo modelo de modernización del país. Los altos precios de los productos agrícolas, expresión de una oferta rígida, se expresaban con fuerza en la inflación rampante y por momentos galopante del proceso económico

¹ Hoy se estudia si acaso las convulsiones agrícolas del Perú no fueron causadas unilateralmente por el terremoto de 1687, sino por una nueva dinámica de la ENSO vinculada a la Pequeña Edad del Hielo. Revisiones a que nos obliga la historia ambiental y climática

chileno. La segunda paradoja fue que la reforma agraria en un proceso con turbulencias, pero sin giros bruscos, logró introducir relaciones capitalistas en el agro. No fue la forma prusiana, ni la francesa ni la colectivización forzosa de Stalin.

Casi como una continuidad económica bajo la dictadura, se obtuvo una agricultura moderna de un tipo insospechado: concentraciones de la propiedad en manos de grandes grupos transnacionales, el nacimiento de los temporeros y la importante presencia femenina en la fuerza laboral.

Es cierto que las convulsiones del campo se trasladaron a la ciudad en la década del 60, pero como hay variados factores que deben incluirse en la actividad política de esos años, la formación de un proletariado urbano nuevo no solo introdujo un quiebre en la clásica articulación comunista sobre los sindicatos y gremios, sino que puso en acción fuerzas sociales diferentes con intereses políticos y voluntad de acción. En la antesala de la Unidad Popular se produjo a sí mismo una recomposición de los sectores populares que impactó con nuevas energías al mundo laboral. Junto a los cambios vividos por el campesinado, los pobres de las ciudades hicieron una experiencia social inédita y a esto se agregaron los estudiantes incendiados de resonancias latinoamericanas y mundiales. Todos juntos tomaron rumbo en el mar tormentoso del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones.

Porque la crisis mundial de 1930, que para Chile significó una debacle mayor de casi el 50 % del PGB, marca nuestro siglo XX. Durante cuatro décadas tratamos desde la actividad extractiva la manufactura, del liberalismo económico al keynesianismo, del Estado mínimo al Estado benefactor. Ese intento de desplazamiento no fue deliberado sino a horcajadas de una crisis en que la producción agregada descendió de un valor 100 en 1929 a 54.2 en 1932. Las primeras cifras de crecimiento sobre la recuperación se registran a partir de los 40. (L. Riveros, La Gran Depresión en Chile) y es la hora de la CORFO, de la ENAP, de Endesa, de las grandes infraestructuras. A partir de ese momento Chile vivió en un cuestionable proceso de industrialización. El Estado fue el único empresario con la capacidad de iniciativa para acometer esta tarea. Sus debilidades y limitaciones aparecieron ya en los años 50, pero serían desbordados por el pueblo a partir de los 60.

La aparición popular no es meramente un hecho de calles y huelgas. La Unidad Popular es un momento de florecimiento de los inventores obreros en las empresas del área social y el auge del arte popular. La ramplonería, tanto en lo cultural como en lo técnico de los dueños de Chile, ha marcado nuestra historia y nuestra sociedad. No solo las glorias culturales del país han surgido del pueblo cuando se nos ha brindado acceso a una educación equitativa, sino que los innovadores tecnológicos y empresariales han surgido desde abajo en los momentos en que la disciplina laboral ha dado paso a una democracia en el trabajo. Esos instantes fugaces marcan el salto en in-

fraestructura ferroviaria de mediados del siglo XIX y la industrialización de fines del mismo siglo.

Entre las variadas implicancias sobre el modelo de desarrollo, la dependencia y vulnerabilidad que esta orientación causa (“la globalización es inevitable”), es pertinente detenerse en las cuestiones de las relaciones laborales que vivimos hoy a tres décadas de la UP. Salazar habla de falta de movilidad vertical (los mercados internos de la estructura organizacional descrita por Ohno en Toyota). Dentro de la empresa, la precariedad del empleo y la movilidad horizontal (el paso de un puesto de trabajo a otro con la misma o peor calificación y remuneración en otra empresa o en una subcontratista). Estos métodos propios de una administración autoritaria, limitan el desarrollo de los trabajadores, su aporte y creación en la empresa y una apropiación y desarrollo de tecnología.

Este estilo de compra de soluciones prefabricadas y el trato de peonaje con el trabajador (El DON tan deseado por los jefes), es también practicado con los intelectuales transformados en asesores gestores de proyectos, investigadores de pizarrón en la variedad de universidades existentes.

1968 fue el año de un gran salto en la actividad huelguística en Chile y la salida a la calle a pelear con el grupo móvil no era exclusividad del SUTE. La oleada huelguística del proletariado industrial se conectaba con una agitación mundial en que el modelo estalinista clásico de or-

ganización gremial empezaba a romperse. El auge del guerrillerismo provocó renovaciones en la izquierda con un repunte de movimientos anarquistas, maoístas y trotskistas. El izquierdismo, en palabras de Cohn-Bendit, intentaba ser un remedio a la enfermedad senil del comunismo.

Algunos movimientos con un tinte consejista como el Mayo francés del 68, el Cordobazo en mayo de 1969 o la primavera de Praga, generaron una fuerte influencia en los años previos de la Unidad Popular. Todo este movimiento encontró un cauce normal y calmo en el proceso electoral de 1970. Este desenlace confirma la vocación política del movimiento generado y anticipa en el espíritu que reaparece en las asambleas de los cordones industriales, comandos comunales, Junta de Abastecimientos y Precios.

La misma reforma estudiantil iniciada en la Universidad Católica en 1967, se inscribe en este proceso. Vistas a la distancia la Universidad de entonces tenía mucho más compromiso y solidaridad que lo que practica cualquier universidad contemporánea. El fortalecimiento del cogobierno estudiantil, el desarrollo de la extensión universitaria, trayendo obreros a las aulas y comprometiendo a los estudiantes y a la universidad misma en los cambios y necesidades de la sociedad chilena, el ejercicio de la libertad de cátedra, representaban aportes para la readecuación de una educación superior que no tenía el imperativo de autofinanciarse ni la necesidad de validarse en el mercado.

Kayu

En los tres años de la Unidad Popular, la editorial estatal Quimantú publicó alrededor de 14 millones de libros. Las editoriales de las universidades de Chile, Católica y Católica de Valparaíso también publicaron masivamente, aunque sin alcanzar esa abultada cifra. En los buses, los obreros que antes leían novelas de vaqueros, ahora saboreaban a Chéjov, Twain, Alcalde, Conan Doyle. Variadas colecciones de literatura, de política, de ciencias sociales a cargo de connotados estudiosos, eran publicados semana a semana. Chelén Rojas, dirigía la serie de clásicos del pensamiento social. Alfonso Alcalde infatigable conocedor de la vida popular, estaba a cargo de la colección titulada *Nosotros los chilenos*, dedicada a divulgar las leyendas de terremoto, las poblaciones callampas, comidas de Chile, caricaturas, oficios, deportes, bomberos y geografías de la patria. Revistas como *Ahora Chile hoy*, *Ramona*, *Honda*, *La Firme*, *Cabrochico* y múltiples diarios crearon un ambiente cultural jamás visto. Discos editados por Dicap o los sellos de los partidos ponían en los hogares del pueblo un torbellino de creaciones musicales, entre los cuales In-

ti Illimani, Quilapayún, Amerindios, Víctor Jara, Tiempo Nuevo, Curacas, Tito Fernández, Ángel Parra, Isabel Parra, Payo Grondona, Gitano Rodríguez, Rolando Alarcón, Héctor Pavéz, Los Blops, Homero Caro eran los autores más destacados. El cine pasaba de la mano de Aldo Francia (Valparaíso, Mi amor), Miguel Littin (El Chacal de Nahueltoro), Helvio Soto (Caliche Sangriento), Raúl Ruiz (Tres tristes tigres) que habían debutado en los años 60 a una nueva generación de autores como Patricio Guzmán (El primer año), Silvio Caiozzi (director de fotografía de Ya no Basta con rezar), Cristián Sánchez (Esperando a Godoy).

Desde el punto de vista intelectual sorprende que en 1971 se diera a luz la autopoiesis entre Maturana y Varela, que en 1973 viniera a Chile Von Foerster, que dictara clases en la Católica de Valparaíso Alec Nove o que Fernando Flores ensayara con la informatización del Estado.

El pensamiento y la creación a partir de la dictadura entran en sendero difícil. La mayoría de los intelectuales y artistas salen al exilio. Entre los que quedan podría nombrar la suerte desdichada de cuatro: Parra, Tellier, Lihn, Maturana.

Desdichada porque la adultez impone otras notas al pensamiento y a la acción, otros deberes. La inmunidad académica es frágil en tiempos oscuros y la verdad acosa Tiempos en que queman la carpa de Parra y en que siniestras palabras amenazan con gravedad de muerte al pensamiento. Bajo una dictadura como la de Pinochet no se puede pensar impunemente. Rectores, delegados y guardias en las universidades, sistemas de soplónaje y censura. Policías

secretas que registran, interrogan, fotografían, infiltran, torturan. Algunos becados en las carreras conflictivas, jefes de carrera que citan a los alumnos a sus despachos. La prensa, una verdadera orgía de vulgaridad y seguidismo a la dictadura. La justicia, como en los tiempos de Huidobro, inclinada al lado del queso.

¿Cómo un hombre solo, amenazado por todos los poderes, puede entonces dejar libre su pensamiento, ordenar sus ideas, arracimadas en un papel y luego ir a la plaza a discutir las?

Lihnse se enmascara bajo Gérard de Pompier, Parra bajo el Cristo de Elqui, Tellier en la oscuridad del vino. Compleja suerte, extraña clandestinidad, desgraciada convivencia.

El Cristo de Elqui habla sobre los presos de Pisagua, pero los pone en tiempos de Ibáñez. Habla sobre las violaciones a los derechos humanos, pero termina diciendo “en qué país no se violan los derechos humanos”.

Maturana publica el año 80 junto a Varela El árbol del conocimiento, desarrollando una entreverada hermenéutica ideológica de los hechos sociales para concluir en la inexistencia de la verdad. Para intentar justificar una cierta legítima otredad de los asesinos sin romper con su propia ética y solidaria y compasiva. Para intentar razonar y convivir en medio de la violencia.

Kechu

Los escasos analistas que han centrado su visión en los cordones han reconocido la vocación consejista de estas organizaciones, pero han enfatizado la conformación de estos organismos de doble poder. Discrepo en esto último. Los cordones industriales constituyeron una organización constituyente, quizás la segunda organización de tal tipo en Chile, tras la Asamblea Constituyente de marzo del 25. Su horizonte no fue laboral ni obrero. Su vocación política está ampliamente demostrada en los documentos de la época. Surgieron como respuesta política al paro empresarial octubre del 72 y las acciones económicas que tomaron estuvieron enmarcadas en una propuesta política de reorganización social. Se preocuparon del consumo y la distribución, de allegar solidaridad a campesinos, pobladores y dueñas de casa. Trascendieron a los trabajadores organizados sindicalmente y a sus sindicatos. Por esas mismas acciones, ganaron la animadversión del partido esencialmente reivindicativo obrero, el comunista, que tuvo una actitud fuertemente antagonista a los cordones, al igual que la CUT.

Los cordones fueron una organización de la acción política. En ellos confluyeron pobladores, campesinos, dueños de casa y trabajadores. Los cordones fueron órganos intensamente asambleístas. No en vano se ha dicho que no hay organización más parlanchina que la democracia del ágora. El debate alienta la acción y los cordones actuaron coordinando industria, creando boletines, consejos, documentos, ocupando calles, descargando camiones, abriendo almacenes, repartiendo alimentos, haciendo producir fábricas, contagiando de ímpetu a Cerrillos, Vicuña Mackenna, Macul, el sector industrial de Chorrillos o los representados en la Asamblea del Pueblo en Concepción.

Los cordones se conectan con la mejor tradición consejista del pueblo, aquella de la comuna de París, de Rusia, en 1905, del estallido húngaro contra el gobierno ruso en 1956. Ninguna de ellas fue obrera y sin embargo, dieron a los trabajadores el único aliento histórico de largo plazo que pueden sustentar en la sociedad moderna. “Las revoluciones del pueblo han adelantado durante más de 100 años, aunque nunca con éxito, otra nueva forma de gobierno: el sistema de los consejos populares con el que sustituir al sistema continental de partidos, que cabe decir, estaba desacreditado incluso antes de cobrar existencia. Los destinos históricos de las dos tendencias de la clase trabajadora, el movimiento sindical y las aspiraciones políticas del pueblo no podían estar más en desacuerdo. Los sindicatos, es decir, la clase trabajadora, en la medida en que sólo es una de las clases de la sociedad moderna, ha ido de victoria en victoria, mientras que al mismo tiem-

po, el movimiento político laboral ha salido derrotado cada vez que se atrevió a presentar sus propias demandas, diferenciado de los programas de partido y las reformas económicas. Si la tragedia de la revolución húngara solo logró mostrar al mundo que a pesar de todas las derrotas y apariencias, este impulso político aún no muerto, sus sacrificios no fueron en vano” (H Arendt La condición humana).

Este consejismo involucró también a sectores de las Fuerzas Armadas. Pese al hermetismo tradicional de ese sector, ya en 1972 algunos militares que conocieron la preparación del golpe se organizaron para denunciar estas intenciones. 78 marinos simpatizantes de la Unidad Popular fueron detenidos el 5 de agosto de 1973. El sargento segundo Juan Cárdenas fue salvajemente torturado durante el gobierno popular en el Cuartel Silva Palma, en Playa Ancha, por alertar a tres dirigentes políticos: Altamirano, Garretón y Henríquez, de la conspiración en marcha. Los otros detenidos en Talcahuano y Valparaíso corren igual suerte. Un mes después, otros miembros de las Fuerzas Armadas serían igualmente reprimidos y asesinados.

Por todo lo anterior y por mucho más, estos años deben ser comprendidos como años de una profunda crisis. El aparato productivo, el sistema político y la vida social son dislocados. La estructura económica venía de una fase de agotamiento y el keynesianismo aplicado no logra crear una alternativa. La demanda popular fuertemente expandida se traduce en una inflación que rápidamente

se hace galopante, cercana al 500 %. En 1973, el sabotaje sustentado económico, sustentado por USA logra agravar esta crisis hasta la parálisis.

Pero no creo que ninguna crisis económica justifique el fin de la democracia. El apelativo al terror del caos, sin duda arroja más luz sobre los comentaristas que sobre los hechos. Todo momento histórico nuevo es un desorden y mucho más cuando los que irrumpen en política lo hacen tras décadas de exclusión y reconquistando una dignidad de personas que jamás tuvieron.

Rekle

En el recuerdo de la Unidad Popular hemos sistemáticamente exagerado el rol de los partidos y sus ideas en las crisis de los años 70. Los partidos no hicieron el proceso popular que entró a La Moneda con Allende ni causaron su desborde por las alamedas. Eso que se ha denominado la sobreideologización y que pretende explicar la UP como una anomalía, como una excepcionalidad ajena a nuestra particularidad histórica como nación, intenta entender la irrupción del pueblo como el efecto de la propagación de ciertas ideas. No se ve la UP como el levantamiento largamente construido contra una marginación permanente. La represión sistemática, la exclusión y el autoritarismo de cinco siglos. No se vincula el desborde popular de esos años y su sangrienta represión posterior con los genitales cortados o las tetas arrancadas que ordenaba Melchor Calderón en el Reino de Chile en 1577.

Pero además sostiene una visión de los partidos propias de una ingeniería social. Por lo general, los partidos controlan poco o nada. Las ideas que los partidos tienen del proceso que encaran son aún menos responsables. A

partir de las acciones populares, los partidos sólo toman el poder que las personas han labrado. Como estructuras particulares, son ajenas a la vitalidad del actuar colectivo.

Por eso, lo que ocurrió de vital y político en la Unidad Popular se generó a contrapelo las intenciones partidarias tradicionales o sacudiendo los dogmas de las organizaciones más renovadas como el MIR. La UP es el momento de la autonomía y la indeterminación abigarrada, mezcla y reformismo y revolución de hippismo y positivismo marxista, existencialismo y tecnología, de tercermundismo y mapudungún, difusamente repartido en los pasillos de la Moneda, las asambleas universitarias, los locales poblacionales y los Cordones Industriales.

Los partidos de la Unidad Popular, pese a su raigambre popular, vivieron esos años encerrados en su ideología y discurso, en una parafernalia mental tan aristocrática como aquella que pretendían combatir. Incapaces de percibir que lo que sucedía era efectivamente una asonada popular inédita, vivieron hora tras hora desarmados y presos en sus estructuras jerárquicas, hasta que los acontecimientos golpistas les sacudieron la cabeza en medio de la parálisis que todos conocemos.

La lucha popular antidictatorial, que irrumpió en mayo del 83, reafirmó esta marca. Ni el PC que convocaba a minoritarias marchas del hambre en abril del mismo año o a planchazos insertos en su rebelión popular, logró siquiera intuir que cientos de miles usarían la noche y el

fuego para recuperar su historicidad. Las protestas surgieron en una sorprendente sincronía con la caída de la dictadura argentina, el desmoronamiento del régimen en Uruguay, las convulsiones de Bolivia y Perú y en un intento de salida continuista en Brasil. Durante más de tres años se nutrieron de fervor estudiantil, poblacional y popular, de juventud y libertad. Las grandes minorías que debilitaron al feroz régimen de Pinochet sólo se asimilaron a la matriz partidaria partidista en 1988.

Y esto ocurrió no en virtud de un destino trágico de la Revolución, sino por una razón más simple que ya Trotsky barruntaba cuando reflexionaba acerca de la Revolución de febrero en Rusia (aunque no tuvo el mismo rigor para analizar lo ocurrido en octubre): tras la acción no hay oportunidad para tomar el poder, pues la acción es el poder mismo.

Pura

En este momento de plenitud política, de intensos debates, reuniones, marchas, asambleas, creaciones, iniciativas, una figura arquetípica acompañaba al pueblo. Como un padre sapiencial, Allende representaba el proceso reformista y nacionalista del pueblo chileno de los años 20. Educado políticamente por un zapatero anarquista, líder estudiantil de la Fech, heredero de la tradición laica y mason, Ministro de Salud a los 30 años por el Frente Popular, resumía en su carácter todas las contradicciones y vitalidades de un líder popular. El fracaso de Allende no fue, por tanto, una cuestión personal, sino una cuestión que nos marca hasta hoy como sociedad. El suicidio de Allende es paradigmático y abrumador, pues repite el destino de otros líderes populares como Recabarren y Balmaceda.

Entender su muerte, la consecuencia con sus aseveraciones, la tranquilidad de sus palabras el 11 de septiembre es tratar de comprender cómo se puede pensar y ser profundo en un momento existencialímite, marcado por el abandono, el despojo, la traición.

No se ha explorado lo suficiente la negación popular de su suicidio. Tampoco se han aceptado todas las implicancias de esta decisión. Lo cierto es que Allende era un líder vital totalmente diferente a un héroe estoico como Guevara o Cristo, cuyos destinos eran evidentes.

Su instinto político le hizo comprender en que hay momentos en que el amor a la vida y al sí mismo rodeado la desolación impone el sacrificio total. La muerte de Allende es una tragedia para todos nosotros. Sin embargo, por ese mismo carácter, es la única acción que nos devuelve la confianza de la palabra.

La inmolación de Allende es un acto dramático cuyo sentido es reafirmar su coherencia y permitir la sobrevivencia de la verdad entre los humanos de Chile. Es el único fundamento del cual puede surgir una convivencia con la verdad. Todo lo que vino después ha eludido la certeza.

Aylla

La sangre indígena es un dato biológico. Somos mayoritariamente O RH positivo. Nuestras mujeres tienen colestasia intrahepática del embarazo, nuestros pómulos son salientes, nuestros ojos son rasgados, tenemos callana. Pero la noción de patria se levanta sobre la negación de nuestro rostro indio, con las ideas y las instituciones de Europa, pero sobre todo con la violencia de Europa, aplastando a los hombres, talando los bosques, explotando la tierra, cubriendo con cálculo y economía todo amor a lo propio.

La conquista impuso un trato a los indios que asemeja con demasiada precisión las torturas de los años de Pinochet, los crímenes y desaparecimientos, el poder ejercido con dolor sobre los cuerpos indios proletarios. Tiene un hilo conductor de 500 años sobre los que ningún análisis de la UP puede pasar.

Y si bien el programa político de la UP no contemplaba el reconocimiento de nuestra indigenidad, sino que

partía de una visión más bien asimilacionista, también el desborde de esos años es un desborde indio, una dignidad de la tierra y la fuerza de ese afloramiento, como también la crueldad de la revancha huinca tras el golpe, es la fuerza de la dignidad de todos los levantamientos populares, desde Lautaro hasta Santa María de Iquique, desde Lautaro Edén Wellington hasta los cordones, un solo hilo iletrado y fugaz.

La violencia con que el winka actúa tiene su propia indianidad un secreto. La tortura de los años de Pinochet y los crímenes son parte de un odio a sí mismo, forjado en años de arribismo, en que los pobres han sido convocados a reverenciar los signos de Europa y de USA y a los amos y patrones locales.

La tintura del pelo y la tortura es una misma operación sobre nuestro cuerpo indio destinado a negar su esencia, violentando su biología. Un ejército de torturadores es un fenómeno social con raigambre profunda, histórica y social.

Pues la sangre india viene cargada de legitimidad, producto de la violación y el saqueo, del despojo de la tierra gracias a la pacificación de la Araucanía. El odio de las clases aristocráticas encuentra en el pueblo serviles aliados: son aquellos que han hecho del desprecio su indianidad un odio a los otros. De esta malsana herida, surgen los torturadores y delatores, los asesinos y desaparecedores, miles de anónimos criminales que en este mismo hoy viven

su odio golpeando a sus hijos, a sus perros o a quien tengan a mano .

Mari

El cadáver de Allende es retirado de La Moneda, envuelto en un chamanto boliviano cargado de colores y de olor a llama. El espíritu del arte indoamericano acosado por la globalización, ocultará la pregunta por nuestro ser americano. Y al hacerlo confirmará una vez más nuestra esencia americana basada en la inautenticidad, en la negación indígena, en el arribismo Europeo.

En la UP fuimos americanos, enarbolamos quema que-
nas y zampoñas, bombos, legüeros y cuatros, cuadros de Carreño y Guayasamín, chorros de Villalobos y cantos de Manduka. Recibimos como exiliados a peruanos, brasileños, bolivianos. Hicimos de la Unidad latinoamericana, de las palabras de Bolívar, Martí, de las enseñanzas de Bello y las Meditaciones de Martínez Estrada, una presencia real. La vía chilena al socialismo, es también la apertura de un camino americano. Un sendero barruntado por Castro, Lanusse, Velasco Alvarado.

La pregunta por el ser americano sin duda se arrastra de las primeras enseñanzas de Simón Rodríguez, ese maestro loco que haciendo velas y poniéndole nombres

extravagantes a su hijo, cruzó América enseñando a Bolívar y luego defendiendo su memoria. Y la respuesta por el ser americano tiene mucho del Indoamericano de Raúl Haya de la Torre, de Nuestra América de Martí o del Canto General Nerudiano.

Lo sorprendente de la Unidad Popular es el vigor que toma esta pregunta, la inmensa asonada americana que se prepara en las urbes modernas. Y ese vigor tiene más de la tierra que del pensamiento, más del pueblo que de los libros. Es cierto que la pregunta americana toma un nuevo giro con Leopoldo Zea y su análisis del positivismo en México en 1941, que se fortalece con *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y se torna militante con *Las venas abiertas de América Latina* en 1971. Pero esos textos no están diseminados entre el pueblo. Durante el UP el pueblo se siente americano porque se intenta volver nación, porque intenta coger lo propio y desea una nueva independencia. Por eso busca los hombres del continente y se encuentra con sus hermanos, aunque no tenga un balance el positivismo del siglo XIX ni conozca todas las líneas del pensamiento americano.

A solo 30 años de la UP parecemos encarar el mundo total, rebasar la cordillera andina y abiertamente desafiar los océanos en una acción de vocación universal. Pretendemos haber clausurado nuestras venas abiertas, empezar a escribir *Vuestra América*. Sin quererlo, ocultamos que América es una pregunta circular que no se agota en la

brevedad expansiva de un ciclo nacional.

En el inmenso silencio que hoy se vive a esta pregunta, en las escasas horas americanas en que la pantera y el puma parecen dormidos, la gacela y el pudú se extinguen, debemos volver a repensar lo que contiene esa duda.

La pregunta americana nos vuelve de cara al origen violento, a los hijos de la chingada y de la malinche de Paz, de la rara pasión española por las Indias, al abandono, al padre, al mestizaje del hijo. Pero también nos habla de la inautenticidad de nuestra cultura, del arribismo congénito de nuestros intelectuales, de tantos libros escritos y leídos, sin arribar a nuestro libro.

Mari Epu

El primer corruptor de la verdad ha sido el Gobierno Totalitario que inaugura el 11 de septiembre del 73. Este Gobierno, fundado en la traición de la palabra de confianza y respeto que los generales debían al pueblo, inicia una asonada de mentiras acerca de la Unidad Popular, de los motivos del golpe y promete a los chilenos algo que jamás iba a cumplir: respeto.

El 11 de septiembre de 1973 marca con nitidez el fin de la política en Chile. El terror totalitario busca poner fin a la voluntad colectiva de realizar acciones. La dictadura suprime la *polis* y logra constituir una sociedad de masas, de individuos aislados y desconfiados, sin lazos orgánicos, sin diferencias ni reconocimiento, sin más. Una ideología economicista para romper vínculos, para suprimir la pluralidad. El gobierno totalitario no vaciló en usar métodos que vulneraban todos los códigos de ética para lograr sus ramplones objetivos. Más de 400.000 personas fueron víctimas de la tortura. 2115 personas asesinadas en forma cruel y declaradas desaparecidas, cerca de 600.000

chilenos desterrados. Un millón de personas, un pueblo despojado del derecho a tener derechos.

La ruptura de la vida social fue sustituida por un sistema en que se articulaban el economicismo individualista, el terror y las crisis de la representación. Las características de los regímenes totalitarios de Hitler y Stalin se repitieron paso a paso. Policía secreta Dina CNI, la constitución de un difuso pero permanente enemigo objetivo (“el marxismo leninismo foráneo, señores”), la movilidad continua de una amenaza permanente (“estamos en guerra, señores”), un movimiento de masas jerarquizado, incondicional (las FFAA), la tortura como herramienta de control social y la mentira, como la capacidad de erosionar todas las confianzas, reinventando el pasado, la historia y símbolos oficiales y falsificando documentos.

El mal, que los gobiernos totalitarios estimulan y del cual se alimentan, es banal. Nada hay en él de profundo. Los malvados son individuos que viven en la superficialidad de su deber y argumentando con el uso de la razón común y corriente, desbaratan toda confianza, toda promesa, todo encuentro.

La banalidad del mal sigue viva en la indiferencia ante las terribles desigualdades sociales, en la exclusión de los pobres, del debate, en la superficialidad de los argumentos y el desprecio por la verdad.

Vivimos en ciudades que tienen más de *asty*, de un conjunto de casas, que de vida relacional entre miembros de una comunidad de *polis*. Mientras eso no se defina hacia la *polis*, seguiremos en una transición infinita, sin arribar al origen, sin reconstituir nuestra tradición, sin conformar un modo de vida social, plural y político que nos permita ser libres.

Lo que he querido decir es que energías políticas existen de sobra en nuestro pueblo. Y esto no es optimismo, porque también es verdadero que “el oscurecimiento del mundo, la huida de los dioses, la destrucción de la tierra, la masificación del hombre, el odio que desconfía de cualquier acto creador y libre, han alcanzado en toda la tierra una dimensión tal que categorías tan pueriles como pesimismo u optimismo se han vuelto ridículas hace tiempo” (M. Heidegger. Introducción a la Metafísica).

Santiago, 30 de septiembre del 2001.